



MIHAIL SEBASTIAN

DESDE HACE DOS MIL AÑOS

CÓMO ME CONVERTÍ EN HÚLIGAN

IMPEDIMENTA

I

Creo que nunca he recelado de las personas ni de las cosas, solo he tenido miedo de las señales y de los símbolos. El tercer álamo del patio de la iglesia de San Pedro, misterioso, alto, negro, envenenó mi infancia: en las noches de verano su sombra caía por la ventana hasta mi cama, una banda negra que cortaba mi manta, una presencia que me amedrentaba, sin que yo entendiera por qué ni preguntara.

Pero he paseado con la cabeza descubierta por las calles desiertas de la ciudad ocupada por los alemanes; unas manchas blancas señalaban en el cielo el paso de los aviones, las bombas caían más o menos cerca, aquí, a dos pasos, con un sonido seco y corto al principio, con una amplia resonancia después.

Pero he contemplado impertérrito, con la fría curiosidad de un niño, cómo desfilaban ante mi puerta, en diciembre, carros con turcos congelados y nunca, ante aquella pirámide de cuerpos apilados como troncos de leña, me impresionó la presencia de la muerte.

Pero he atravesado el Danubio en una barca resquebrajada, hacia los pueblos lipovenos,¹ y simplemente me arremangaba la

1. Pueblo pescador de origen ruso que vive en el delta del Danubio. (*Todas las notas de Desde hace dos mil años son de la traductora.*)

camisa cuando creía que el fondo podrido no iba a resistir más. Y solo Dios sabe lo mal que nado.

No, no creo haber sido nunca medroso, aunque los griegos del jardín grande, que nos arrojaban piedras cuando nos pillaban por allí, me lo gritaran a diario desde que tengo uso de razón, y aunque haya crecido con este grito lanzado por detrás como un escupitajo: judío cobarde.

Sé, sin embargo, lo que es el espanto. Eso sí. Me aterrorizaban hasta el agarrotamiento, hasta la parálisis, algunas pequeñeces junto a las que todo el mundo pasaba inmutable, pero que irrumpían en mi vida con grandes dimensiones, con profundos presentimientos. En vano me acercaba durante el día al álamo del otro lado de la calle, en vano palpaba su corteza negra y rompía, sangrando por la uña, astillas de madera pelada entre los surcos. «Solo es un álamo», me decía, apoyado de espaldas contra él para sentirlo cerca y no olvidarlo. Pero lo olvidaba por las noches, cuando me quedaba solo en mi habitación, acostado como siempre a las diez. En la calle se oían aún los pasos de los transeúntes, voces ahogadas, algún que otro grito. Luego seguía el silencio habitual, con un ritmo y una gradación que ya conocía. Haciendo un esfuerzo, quizá conseguiría recordar ahora los tres o cuatro latidos interiores con que empezaba mi noche, auténticos escalones que me hacían descender físicamente a la oscuridad y al silencio. Entonces la sombra del álamo volvía a encontrarme agarrotado, con los puños apretados, con los ojos como platos, queriendo gritar y no sabiendo cómo ni a quién.

*

Curioso descubrimiento ayer en una librería de viejo. George Gissing: *La Raçon d'Eve*. Un libro del 1900 más o menos, creo. Ningún detalle sobre el autor (inglés, probablemente). Fueron cuatro horas estupendas.

Cuando lo terminé, salí a la calle a comprar los periódicos de la tarde. Ha habido otra vez altercados, sobre todo en la Facultad de Medicina y en la nuestra. Hoy tampoco he ido. ¿Para qué?

*

Me abordó por la calle Marcel Winder para decirme que habían vuelto a pegarle.

—Es la octava —me dijo, sin precisar si era la octava paliza o la octava herida.

Tenía ciertamente un cardenal negro bajo el ojo izquierdo. Estaba locuaz, casi contento, ufano en cualquier caso. Naturalmente, yo no he sido digno de algo así. Lo he evitado. Parece que los chicos están preparándose para el 10 de diciembre,² pero Winder no quiso darme detalles.

—Eso no es para ti, amigo mío. Tú tienes inquietudes de naturaleza superior. Y casualmente, pero solo casualmente, tus inquietudes de naturaleza superior te impiden correr peligro con nosotros. Simple coincidencia.

Winder pierde el tiempo. Se ha equivocado de tecla: no tengo semejantes vanidades.

*

De una carta de mi madre recibida hoy:

... Y, sobre todo, no vayas a la facultad. He leído en el periódico que han empezado otra vez los altercados, y el hijo del sombrerero, que ha venido a casa, me ha dicho que ahí las cosas están peor que en otras partes. Deja que otros se hagan los valientes. Tú hazle caso a tu madre y quédate en casa.

«Deja que otros se hagan los valientes.» Si supiera mi madre cómo suena eso.

*

2. El 10 de diciembre de 1922 se celebró un congreso de las delegaciones de estudiantes de Rumanía para condenar el comunismo y la francmasonería. Los enfrentamientos con la policía duraron varias horas y se saldaron con arrestos y heridos. Esa fecha fue declarada a partir de entonces Día de los Estudiantes.

¿Eso habrá sido todo? He entrado esta mañana en la clase de Derecho Romano. Nadie me ha dicho nada. He tomado apuntes febrilmente, para no tener que levantar la cabeza del pupitre. Hacia la mitad de la clase, una bola de papel cae en el banco, junto a mí. No la veo, no la abro. Alguien me llama a gritos por mi nombre, desde atrás. No vuelvo la cabeza. Mi vecino de la izquierda me mira atento, sin decir una palabra. No puedo soportar esa mirada fija y levanto los ojos.

—¡Fuera!

Me lo ha dicho con un tono seco, cortante. Se levanta de su asiento, me hace sitio y espera. Siento a mi alrededor un silencio tenso. Nadie respira. Un gesto por mi parte y este silencio habría estallado.

No. Abandono mi pupitre y camino inseguro hacia la puerta entre dos filas de espectadores. Todo transcurre de forma civilizada, ritual. Pero alguien, junto a la puerta, me lanza de refilón un puñetazo que me alcanza a medias. Un puñetazo a destiempo, camarada.

Salgo a la calle. Mira, una mujer hermosa. Mira, un carruaje vacío. Todo está en el sitio que le corresponde: una fría mañana de diciembre.

*

Ha estado buscándome Winder para felicitarme por la hazaña de ayer. No sé quién se la ha contado. Y me ha dejado una nota diciendo que vaya pasado mañana al colegio mayor. Están organizando un grupo por cada facultad. Los chicos se empeñan en asistir a clase el 10 de diciembre. Es una cuestión de principios, dice Winder.

Y todo esto me mata de aburrimiento. Querría un gran libro, claro, severo, de pensamiento opuesto al mío, un libro que pueda leer con la vehemencia de mi primera lectura de Descartes. Cada capítulo era una lucha personal.

Pero no: aquí me tienes, enredado en una «cuestión de principios». Ridículo.

*

ro de diciembre. Caminar erguido, sin sombrero, en medio de la lluvia, a ciegas, hacia delante, sin mirar a derecha ni a izquierda ni hacia atrás, sin gritar —¡ah!, sobre todo sin gritar—, dejar que pasen junto a mí el griterío de la calle, la mirada de los demás, esta hora de desconcierto. Así. Si cierro los ojos no queda más que la llovizna: siento las gotitas sobre el rostro, serpenteando desde el arco del ojo hacia la nariz y de allí bruscamente a los labios. ¿Por qué no soy capaz, por qué no puedo vivir la profunda calma de un caballo que tira de un carro vacío, por el barro, en medio de la tormenta?

Me han pegado. Eso es todo lo que queda. No me duele nada, y aparte del puñetazo bajo la cadera, no ha habido ningún golpe fuerte. El hombre tenía una cara curiosa debajo de la visera. Hasta que no he visto la mano levantada, no pensaba que fuera a pegarme. Era un extraño: quizá me veía por primera vez.

Me han pegado y el mundo no se detiene por algo así. Banco Italo-Rumano, capital depositado, cincuenta millones. Donde Minimax vigila, el fuego no se extiende. La capital de Islandia es... ¿Dónde estará Isidor Leibovich? Si ha dado con la puerta de la secretaría, se habrá salvado. Si no... ¿Cuál es la capital de Islandia, diantres? No es Christiania, hombre, ni tampoco Oslo, que son lo mismo...

Si lloro, estoy perdido. Tengo la suficiente conciencia de mí mismo como para saberlo. Si lloro, estoy perdido. Aprieta los puños, bobo, si es necesario, créete un héroe, encomiéndate a Dios, dile que eres hijo de un pueblo de mártires, sí, sí, díselo, date con la cabeza en las paredes, pero si quieres poder mirarte a los ojos y si no quieres que se te caiga la cara de vergüenza, no llores. Solo te pido eso: no llores.

*

Si pensara que va a servir de algo, rompería la página que escribí anteayer. Otra crisis patética como esa y renuncio al diario. La cuestión es si puedo comprender serena, críticamente, qué está pasando ahora conmigo y con los demás... Más allá de eso...

Dicen que esta tarde se decidirá la clausura indefinida de las facultades.

II

Ayer, en el andén, cuando me apeé del tren, bajo las bombillas mortecinas de la estación, me pareció que mi madre estaba más delgada y envejecida que nunca. Seguramente solo era su emoción de siempre, en el primer instante del reencuentro.

Su emoción... «¿Has cogido todas las maletas? ¿No has olvidado nada en el tren? Súbete bien el cuello. Si encontráramos un coche...» Habla mucho, deprisa, sobre cosas insignificantes y no se seca la lágrima de las pestañas por temor a que yo la vea.

*

Primer garbeo por la ciudad. Paseo triunfal por la Strada Mare, entre dos filas de comerciantes judíos que me saludan jubilosos, cada uno desde el umbral de su negocio, con un velado gesto de complicidad.

—No es nada, muchachos, aguantad. Dios es bueno, esto pasará.

«Desde hace dos mil años...» El señor Moritz Bercovich (manufacturas y calzados) intenta explicarme los motivos de la persecución de los judíos.

En la barbería, el dueño reclama para sí el honor de cortarme el pelo y enfrascado en la tarea me pregunta si conservo marcas, cicatrices..., en fin..., «usted ya me entiende».

—No, no entiendo nada.

—¿Y la paliza?

—¿Qué paliza?

—La de la universidad... ¿No le zurraron?

—No.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

El hombre calla contrariado. Me corta por obligación, sin entusiasmo.

*

Tarde en familia. Han vuelto mi prima Viky y su marido del viaje de novios. Al parecer, ella está encinta. Uno de los tíos bromea sobre el acontecimiento.

—¡Qué diligentes habéis sido!

Viky está sofocada; su marido, serio.

—¡Je, je, ya está, amigo! Se acabó lo bueno. Quieras o no quieras, te apetezca o no..., tienes que... ¿Sabes la historia esa del tren?

Y cuenta la historia del tren. Todo el mundo ríe ruidosamente. Desde un rincón, mi madre me mira azorada.

Habría podido ser yo como todos ellos, un comerciante gordo, casado, satisfecho, que juega al póquer los domingos por la tarde y les dice groserías a los recién casados. ¿Te sabes esa del tren?

Algunas veces me pregunto con espanto si habré conseguido escapar de ellos por completo.

*

Le he pedido a mi madre que nos quedemos en casa. Ella trabaja, yo leo. Levanto la vista del libro y la veo hermosa, tranquila, con la frente más serena que conozco, con los ojos un poco cansados por la edad. ¿Cuarenta y tres? ¿Cuarenta y cuatro? Me da miedo preguntarle.

—¿Qué tal vives en Bucarest?

—Bien. ¿Por qué?

—Por nada.

Sigue trabajando, sin mirarme.

—Oye, mamá, si los cuatro mil que me mandas son demasiado...

No responde. Paso al otro lado de la mesa, tomo su mano derecha con la mía y se la estrecho con un gesto interrogante.

—Es tarde, hijo mío. A la cama.

Tendría que haberlo sospechado mucho antes. Las cosas en casa van mal. Ya no hay dinero. Le he dicho que de ahora en adelante me llegará con dos mil al mes. Me alojaré en la residencia. Allí también se está bien, hace calor, está limpia, es cómoda. (No parece creerme y me apresuro a hablarle, para mi propia sorpresa,

de las cualidades que encuentro de repente en esos barracones de Văcărești.)

*

La oigo respirar en su habitación. Sé que no duerme y que esa respiración, intencionadamente acompasada, como de persona dormida, está hecha para engañarme y para tranquilizarme.

Qué chiquillada, debería sentir vergüenza, pero no la siento. ¡No poder a mi edad marcharme de casa tres meses sin sentir esta congoja, esta nostalgia que se apodera de mí antes incluso del abrazo de despedida! Si no me diera vergüenza iría ahora mismo a darle un beso, como hacía antes, por la noche, cuando me despertaba de una pesadilla. La pesadilla: esa maleta preparada para el viaje.

III

El placer de estar solo en un mundo que te considera suyo. No es orgullo, ni siquiera timidez, sino la natural, simple, involuntaria permanencia en ti mismo. Algunas veces querría poder separarme de mí físicamente y contemplar desde un rincón de la habitación cómo hablo, cómo me pongo nervioso, cómo estoy alegre o triste, sabiendo que no soy nada de eso. ¿Doble juego? No. Otra cosa, otra cosa.

He almorzado en la cantina entre un ruso que olía mal y hablaba muy alto y una chica delgada con las manos desolladas y los labios mal pintados. Suelo de cemento, frío, el abrigo sobre los hombros, un plato de metal esmaltado ante mí, el tenedor de estaño caído en el suelo.

Nunca seré un rebelde social yo, que saqué en aquel momento, no sé de dónde, una sonrisa sin melancolía.

Somos, conmigo, once chicos en la habitación. Liova Sadigursky, mi vecino de la derecha, se afeita con las cuchillas usadas que le da Ionel Bercovich, el vecino de la izquierda. Por el momento, limito mis relaciones con ellos. Me da miedo ir más lejos.